



REPRESENTACIONES E IMAGINARIOS SOBRE LA VIOLENCIA COLOMBIANA EN LA PRENSA NACIONAL. 1990/2004

GUIDO GERMÁN HURTADO VERA Y LUIS EDUARDO LOBATO PAZ

Investigadores Grupo de Estudios Sociopolíticos (GIESP)
Universidad Autónoma de Occidente. Cali. Colombia

En este escrito se presenta un informe de los resultados de una investigación adelantada entre los años 2007 y 2008 acerca de las *Representaciones e imaginarios sobre la violencia colombiana en la prensa nacional entre 1990 y 2004*. El propósito de la investigación era la de indagar la génesis y transformación de los imaginarios que sobre la violencia colombiana circulan en el ciudadano promedio y que tienen como fuente principal los medios de comunicación.

Desde lo anterior, se analizó el periódico *El Tiempo* teniendo en cuenta que sus propietarios, la Familia Santos, han tenido una figuración social, económica y política muy importante en la vida del país y sus páginas han estado abiertas a reconocidos dirigentes de los gremios económicos del país, figuras de la Iglesia colombiana, militares y exmilitares. Por lo tanto el peso en el proceso de formación política o de fijación de la agenda pública de este periódico es fundamental en el país y sus notas editoriales y de opinión tienen eco en el resto de medios de comunicación. La reconstrucción de estos imaginarios se hizo con base en la lectura y análisis de más de 9.000 columnas de opinión y editoriales entre los años 1990-2004.

El texto final del trabajo contiene tres capítulos. El primero se titula Contextualización política, económica y social de Colombia, 1990-2004, en él se describió la situación del país en materia social, económica y política, la cual se ilustraba con artículos, ensayos, datos, gráficas o tablas que mostraban los indicadores en materia de inflación, desempleo, pobreza, secuestros, homicidios y la evolución del conflicto armado. El segundo tiene por nombre Medios de Comunicación y tratamiento periodístico noticioso en el que se presenta al lector los referentes teóricos utilizados [entre ellos las nociones

de imaginarios, representaciones, actitudes sociales¹], así mismo se mostró ejemplos de prácticas que se dan en los medios de comunicación que impiden que los ciudadanos puedan acceder a una información completa o profunda sobre el acontecer nacional o que en la opinión pública puedan tener cabida discursos divergentes[la espiral del silencio, la banalización de los noticieros de televisión]. El tercero se denominó Actitudes e Imaginarios sobre la violencia en la prensa nacional que daba cuenta de los imaginarios que circulan en las columnas de opinión sobre el país, los actores armados y los grupos de presión.

A continuación se describen seis imaginarios y representaciones que se han hecho de Colombia y de los actores armados, lo cual permite develar sesgos ideológicos, cargas semánticas, señalamientos, invisibilización de algunos actores, descontextualización en los análisis de los formadores de opinión, entre otras.

1. COLOMBIA: UN PAÍS DESCUADERNADO O AL BORDE DEL COLAPSO INSTITUCIONAL

Entre los formadores de opinión se representó a Colombia como un cuerpo

enfermo, en el que nada funcionaba bien y tanto la energía externa como interna que recibía no contribuían a su bienestar. Se consideraba que el sector político dirigente, que debería estar a cargo de aportar ideas y formular decisiones se le veía como incapaz de ofrecer bienestar a los ciudadanos y contener los desbordes sociales y públicos. A sus auxiliares, los partidos políticos, los veían dominados por la corrupción y el personalismo. A la justicia, la consideraban paquidémica y maniatada por los grupos violentos. Igual lectura se hacía de los organismos de seguridad del país. De la misma manera, no se vislumbraba la contribución eficaz de la iglesia y el sector educativo.

Los ataques contra la infraestructura del país desataban pánico colectivo y se empezaban a ver enemigos en todos lados, lo cual daba lugar a comentarios ligeros que generaban estigmatización hacia aquellos sectores que se aventuraban a cuestionar la imposición de medidas de fuerza o las salidas autoritarias de los dirigentes del país. Lo que generó un clima en el que ni acusados trataban de generar espacios para escuchar a sus contradictores ni éstos pasaban de la crítica a la propuesta constructiva, que desencadenaban una retahíla de ataques y respuestas que no se basaban en propuestas o razones argumentadas, sino más bien en una defensa a ultranza de posiciones ideológicas desde aristas muy cerradas y en donde no había posibilidad de dar lugar a lo que Rawls denominaba las posiciones originales²,

1. Los conceptos de Representaciones e Imaginarios han sido tomados de Wittgenstein, Ludwig (1988) *Las investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica-Grijalbo; Jodelet, Denise (1986). *Psicología social V. II: La representación social: fenómenos, concepto, teoría*. Barcelona: Paidós, 469-571; Durkheim, Emile (2003). *Las formas elementales de la vida religiosa*. España: Alianza Editorial y Pintos, Juan-Luis. *Los imaginarios sociales en cuánto constructores del orden social (una propuesta de investigación)* [en línea]. Universidad Santiago de Compostela: 1994. [Consultado el 14 de febrero de 2008] Disponible en Internet: <http://web.usc.es/~jlpintos/articulos/imaginarios.htm>.

2. Véase al respecto. Rawls, John (2002). *La justicia como equidad una reformulación*. Barcelona: Paidós, 38-39.

o propiciar la acción dialógica en la línea de Habermas³.

La percepción de estar al borde de un caos institucional o del colapso del Estado llevó a muchos analistas de opinión a asumir las funciones de un poder a la sombra que exigía resultados y que sugería acciones a seguir a los gobernantes de turno. Pero también se observan descripciones catastróficas de lo que está sucediendo o podría suceder. Estas columnas ayudaban, consciente o inconscientemente, a reforzar la historia colectiva que se desencadenaba en el país tras los ataques de alguno de los actores armados y frente a lo cual se percibía la impotencia del Estado para afrontarlos. Por esa razón se convirtió como una especie de anhelo o sueño colectivo que apareciera un líder con la suficiente autoridad que pudiera debelar a aquellas organizaciones que habían llevado al país al borde de la destrucción y a la fragmentación del poder.

2. LA GUERRILLA: GRUPOS SIN IDEOLOGÍA Y CAUSANTES DE TODOS LOS MALES DEL PAÍS

Salvo el interregno del narcoterrorismo, desencadenado por Pablo Escobar entre 1989 y 1993, tanto en las columnas de opinión como en las voces de lectores hay una profunda creencia de que todos los males del país tienen su origen en el accionar de los grupos guerrilleros. A través de datos estadísticos en los que se cuantifican los daños causados por estas organiza-

ciones a la infraestructura económica del país se pretende hacer creer que si en Colombia no existiesen tales grupos, el país no padecería los problemas de subdesarrollo que presenta y sería en el contexto internacional una gran potencia en materia económica.

La polarización guerrilla y sector político colombiano se alimentó con el imaginario y la caracterización de los grupos guerrilleros como bandas armadas dedicadas al pillaje, al narcotráfico, a la extorsión, al secuestro y sin un proyecto político que justificara su acción revolucionaria. En varios artículos de opinión se fue forjando un imaginario de los grupos guerrilleros como organizaciones millonarias y que sus líderes vivían en un estado de derroche y fastuosidad. Continuamente se alertaba a los lectores sobre los peligros que podría traer al país la imposición de sistemas totalitarios como en la Unión Soviética y en Cuba. Lo anterior desembocó en una radicalización de las posiciones ideológicas en las que el Establecimiento, con una serie de epítetos, estigmatizó a los grupos guerrilleros y éstos a su vez respondieron a las descalificaciones con el uso de métodos violentos.

Un repaso sobre los análisis hechos por editorialistas y periodistas nos muestra que durante muchos años se subestimó el poder de destrucción de la guerrilla. Se considero éste como un fenómeno rural y que las fuerzas militares podrían fácilmente derrotarlo. Durante la escalada terrorista de Escobar no se hizo un seguimiento sistemático de los movimientos del fenómeno guerrillero y cuando el país cree haber acabado todos los males al abatir a Escobar, se da

3. Véase. Habermas, Jürgen (1998). Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social. España: Taurus, 28.

cuenta que este espacio de tiempo fue aprovechado por estas organizaciones guerrilleras para robustecerse militar y económicamente.

Con los ataques impensados a bases militares y la presencia en las grandes ciudades a través de milicias urbanas se abandona la percepción de grupos relativamente débiles a una magnificación de su poder de destrucción e intimidación sobre una gran parte de la geografía nacional.

Las situaciones protagonizadas por las guerrillas y acumuladas durante tantos años generaron la percepción de que éstas encarnaban la suma de todos los males del país y se caracterizó a sus dirigentes como seres sedientos de sangre y que no los conmovía ningún sufrimiento. De ahí que esa prédica de emprender una ofensiva total contra las organizaciones guerrilleras fue de buen recibo por la población colombiana y se le extendió a este Mesías (Uribe) la potestad para actuar sin cortapisas legales y anteponer los fines a los medios.

3. LA TENTACIÓN TOTALITARIA: EN ESPERA DE UN MESÍAS

La desazón producida por largos años de conflicto y la sensación de la incapacidad de gobernantes y fuerzas militares frente a la ola de crímenes, atentados terroristas, tomas a pueblos y secuestros de parte de grupos guerrilleros y de narcotraficantes fue el germen de una idea que se fue generalizando: situación que sólo podría resolverse con un gobernante de mano dura. Los ciudadanos estarían dispuestos, incluso, a sacrificar parte de los derechos fundamentales y darle carta abierta a

tal gobernante para que tomase medidas excepcionales que implicaban pasar por alto las otras ramas del poder público.

Alberto Fujimori, ex presidente peruano, fue tomado como el modelo a seguir para enfrentar la embestida de los grupos guerrilleros. Su gesta y los medios que utilizó para combatir a los movimientos revolucionarios Sendero Luminoso y Tupac Amarú fueron considerados como válidos, eficientes y que podrían replicarse con éxito en Colombia. Algunos columnistas y, especialmente en los lectores que expresaban su opinión en el correo de *El Tiempo* se destacaba que Fujimori había hecho caso omiso de las limitaciones jurídicas y políticas que le imponía la Constitución peruana para poder derrotar a estos grupos insurgentes. De esta manera se configura un repertorio de voces que al unísono exigían un mandatario que actuara sin contemplaciones contra los grupos guerrilleros, en particular⁴.

A partir de 1997 se advierte un proceso de construcción por parte de los analistas de opinión, en especial de la Casa Santos; el consenso a que se llega es que Álvaro Uribe Vélez con sus ejecutorias frente a la subversión en el Urabá, en su época de Gobernador de Antioquia, es quien puede encarnar esa voluntad firme, ese valor y esa autoridad que se reclama a los gobernantes para afrontar los retos de los violentos⁵. De figura regional trasciende a la esfera

4. Véase al respecto. Juan Manuel Díaz Acero "El pantalonudo Fujimori" y Editorial El sendero Fujimori en *El Tiempo*, abril 15 de 1992 y noviembre 9 de 1994.

5. Véase al respecto. Rafael Santos. "Más que una mano dura". En *El Tiempo*, octubre 20 de 1996.

nacional y sobre él se fincan todas y cada una de las esperanzas de alcanzar la paz. El epílogo es muy conocido por todos. Los resultados obtenidos en la lucha antirrevolucionaria le generaron altos niveles de popularidad y aprobación a su gestión. En ese afán de contener los desbordamientos de las guerrillas cualquier acción legal o ilegal fue bienvenida por parte de algunos sectores de la sociedad colombiana y esto nos explica la tolerancia hacia otro actor armado como fueron los paramilitares.

4. LAS FUERZAS OSCURAS: INVISIBILIZANDO A LOS PARAMILITARES

Durante los ochenta se presentaron en el país varias masacres y asesinatos selectivos pero en los medios de comunicación no se identificaba a los responsables de las mismas. Los informes oficiales responsabilizaban de su autoría a *fuerzas oscuras* y lo que se observó es que estos formadores de opinión le hicieron juego a los informes oficiales. En la década de los noventa el paramilitarismo arrecia con más fuerza en el país y los medios de comunicación, en este caso el periódico *El Tiempo*, siguió minimizando e invisibilizando estas acciones. Los hechos protagonizados por estas fuerzas irregulares eran abordados como si se tratasen de fenómenos de delincuencia común, relegados a páginas interiores o la sección judicial.

En Colombia se presentó una *paramilitarización de la opinión pública* y que fue la reacción ante los excesos de la guerrilla. Consciente o inconscientemente algunos analistas de opinión y colombianos promedio dieron su aval a

la conformación y operación de grupos paramilitares en el territorio nacional⁶. Considerados como el *mal menor* se les veía como aliados del ejército en la lucha antirrevolucionaria y no se reconocía su protagonismo en la desestructuración de la sociedad al promover masacres, desplazamiento forzado, despojo de tierras y cooptación de los dineros del Estado por varios frentes.

5. LOS NARCOS: ES MEJOR NO TOREAR ESA CULEBRA

En el tratamiento periodístico-noticioso que se le dio al fenómeno del narcotráfico se observa un seguimiento poco sistemático a este problema. Los narcotraficantes fueron colocados en primer plano cuando con sus acciones desafiaron abiertamente al Estado y produjeron numerosas víctimas. Antes de que se produjese el enfrentamiento abierto entre narcos y Estado, los primeros aparecían, tangencialmente, en los registros periodísticos y, cuando lo hacían, eran presentados como prósperos comerciantes, ganaderos o empresarios de las regiones.

Los periodistas colombianos eran conscientes del poderío que gozaban y los peligros que podría generarles su animadversión. Lo demostraron en hechos aislados en los cuales quienes se habían atrevido a develar sus actuaciones y oponerse a sus dictados, sufrieron su escarmiento. Razón por la cual los cuestionamientos a los capos del narcotráfico en su gran mayoría provenían de fuentes extranjeras y los

6. Véase al respecto, Álvaro Valencia Tovar. "Desarme prematuro". En *El Tiempo*, enero 17 de 1992.

diarios se limitaban a reproducirlos o a descalificarlos tildándolos de tendenciosos que buscaban enlodar la imagen de país y muchos otros asumían una postura neutra frente al tema. A los narcos se les sentía como enemigos cercanos y tenebrosos y, aun, en las épocas de guerra del gobierno contra el narcotráfico y de respuesta narcoterrorista pocos se atrevieron a realizar propuestas de salida a la crisis y hasta los más caracterizados guerrilleros preferían no torear esa culebra, insistiendo en mantener el diálogo a pesar de las muertes y devastaciones que habían producido los capos⁷.

Con la intensificación del conflicto armado en Colombia se volvió a colocar en el tapete el tema del narcotráfico, pero relacionado ahora como una de las fuentes de financiamiento de grupos guerrilleros y paramilitares. Esto les impidió a los formadores de opinión ver y reconocer que tras la desaparición de los grandes capos emergieron herederos del negocio y que, igualmente, tenían acumulado grandes sumas de dinero, que tenían grupos armados y sicariales a su servicio y estaban coligados con paramilitares y guerrilleros para sacar adelante el negocio de las drogas.

6. PERIODISTAS, SINDICALISTAS Y DEFENSORES DE DERECHOS HUMANOS: ÁULICOS DE LA GUERRILLA

Ante el hastío y neurosis que produce la guerra en los colombianos de todos los niveles, cualquier reclamo o crítica, de periodistas, sindicalistas y

7. Véase Plinio Apuleyo Mendoza. "Mal manejo" en *El Tiempo*, enero 28 de 1991.

grupos defensores de los derechos humanos frente al accionar de las Fuerzas Militares y políticas gubernamentales, es estigmatizada como parcialización a favor de grupos guerrilleros.

Periodistas, sindicalistas y defensores de derechos humanos se asumían así como obstáculos para que las fuerzas militares pudiesen derrotar a los insurgentes, llegándose a señalamientos que ponían en peligro sus vidas al acusarlos de ser áulicos de la guerrilla. Connotación que, incluso, recibieron instituciones oficiales como la Defensoría del Pueblo y la Procuraduría General de la Nación; ONG nacionales, como el CINEP e internacionales, como Human Rights Watch y Pax Christie⁸.

A partir de la categoría conceptual La espiral del silencio, de Nöelle-Neumann⁹, se advierte que la imposición en Colombia de visiones hegemónicas del conflicto armado impedía cuestionar al gobierno y sus fuerzas militares en el manejo del conflicto interno. Quienes se atrevieron a presentar visiones distintas se convirtieron en blanco de los paramilitares.

Las acciones contra periodistas, sindicalistas y defensores de derechos humanos muestran el clima de intolerancia y radicalización de los actores armados y aun de la opinión pública que no permitía la consolidación de una sociedad abierta y pluralista en Colombia. Los términos contestatario,

8. Véase Editorial. "Ante una grave crisis", *El Tiempo*, abril 28 de 1992 y Adolfo Clavijo. "El relator en derechos humanos", abril 17 de 1996.

9. Nöelle-Neumann, Elisabet (1995). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. España: Ediciones Paidós.

subversivo, izquierdista, derechista y fascista, entre otros, se convirtieron en factores de señalamiento y estigmatización y, en muchos casos, condenaron a muerte a quienes habían recibido estos epítetos.

El lenguaje incendiario, la sindicación sin mayores pruebas o la aceptación sin reserva de cualquier acusación contra sindicalistas, defensores de derechos humanos y aun colegas, dio lugar a que una buena parte de los muertos por la violencia armada fueron precisamente estos personajes. El ejercicio del periodismo, la dirigencia sindical o la defensoría de los derechos humanos se convirtieron en actividades de sumo riesgo en el país y pasamos a ser líderes mundiales en el número de periodistas, sindicalistas y defensores de derechos humanos asesinados en el período de estudio.

CONCLUSIONES

Este estudio muestra que los columnistas y editorialistas, además de hacer un cubrimiento del conflicto armado colombiano, fueron partícipes de un proceso de construcción y deconstrucción de imaginarios y representaciones sobre los grupos directamente implicados en el conflicto como guerrilleros, narcotraficantes, paramilitares y el propio Estado, de quienes asumían una lectura o una posición frente al conflicto y sobre quienes recaían los destinos del país.

Para que esas lecturas de construcción y deconstrucción de imaginarios y representaciones o generación de opinión hubiesen sido lo más objetivas y profundas deberían haber tenido en

cuenta aspectos vitales para el tratamiento periodístico-noticioso y editorial como son la contextualización de los mismos, la revisión de las fuentes, el uso del lenguaje, escuchar fuentes de diverso orden, mirar las múltiples dimensiones de un problema y tener capacidad de anticipación y prospección frente a los mismos. Lo anterior, sin olvidar que estamos ante un ejercicio de la subjetividad como quiera que los discursos están encriptados dentro del género columna de opinión.

Una de las primeras fallas que se observan en el periódico EL TIEMPO es haber cerrado las puertas durante muchos años a académicos y políticos de otras vertientes ideológicas distintas a la liberal y conservadora. El periódico prácticamente se convirtió en el órgano de difusión de personas cercanas al establecimiento como ex militares como los generales (r) Álvaro Valencia Tovar y Harold Bedoya Pizarro; dirigentes gremiales como José Manuel Arias Carrizosa, Gabriel Silva Luján, Hernán Echavarría Olózaga, Iván Escobar Ceballos, Alberto León Mejía, Rafael Visbal Martelo y Carlos Gustavo Cano; la generación de la familia Santos representada por Hernando, Enrique, Rafael, Juan Manuel, Francisco y periodistas cercanos a la Casa Santos como Carlos Lemos Simmonds, Abdón Espinosa Valderrama, Plinio Apuleyo Mendoza, Eduardo Lemaitre, Diana Duque y Alfonso Llano, SJ.

Otro de los reduccionismos identificados en el tratamiento dado por editorialistas y columnistas en el periódico *El Tiempo* a la violencia colombiana fue la magnificación de los conflictos de origen político como los responsa-

bles del mayor número de muertos en Colombia. Esto lleva al ciudadano a pensar que con la desaparición de la guerrilla y los paramilitares el fenómeno de la violencia va a quedar reducido a una mínima expresión. Cuando a lo largo de varias décadas la violencia común genera, en la mayor parte del período investigado, tres veces más

muertos que la de origen político, pero por lo general el despliegue que se le da a la violencia común en las páginas es mínimo (por general a una sola columna y en páginas interiores) y lleva al ciudadano poco informado a pensar que no tiene la magnitud de la violencia política o que debe ser un objeto de política estatal.